

EL PODER POLÍTICO EN EL ECUADOR, DE OSVALDO HURTADO, VIGÉSIMO ANIVERSARIO*

UNA RELECTURA DE *EL PODER POLÍTICO* EN EL ECUADOR

Enrique Ayala Mora

Cuando, no sin algún esfuerzo, constaté que ya habían pasado veinte años de la primera edición de una obra que siempre he considerado como “nueva” en la literatura social del Ecuador, comencé a ratificarme en la idea de que el trabajo de toda una generación es ya en muchos sentidos parte del pasado y amerita una relectura evaluatoria. Por ello agradezco la oportunidad que nos ofrece Osvaldo Hurtado para que emprendamos una relectura de su obra *El Poder Político en el Ecuador* que apareció en 1977.

La primera constatación, quizá un poco cínica en boca de un historiador, es que eso de “veinte años no es nada” está bien para el tango pero no para la realidad. Veinte años son hartos años y en ellos pueden pasar muchas cosas. Verdad es que estas dos décadas han sido excepcionalmente movidas y la historia se ha acelerado, pero en cualquier momento son ya un considerable lapso, que puede ofrecernos la posibilidad de una perspectiva.

Hace ya algunos años, al comentar esta obra, hacía notar que fue producto de la década de los setenta que atestiguó un enorme desarrollo de los estudios sociales en el Ecuador. El fenómeno fue más bien tardío, en relación con otros países latinoamericanos, pero ha demostrado ser muy rico y fecundo.

Desde cuando apareció la obra era un trabajo bien estructurado, y en sus posteriores ediciones –sobre todo en su edición en inglés–, el autor realizó ajustes importantes. El contenido general descrito, empero, se mantuvo. No cabe por ello duda de que la obra de Hurtado es un notable esfuerzo por llegar a una síntesis interpretativa de un proceso histórico complejo y poco menos que

* Con oportunidad de celebrarse el vigésimo aniversario de la aparición del libro *El Poder Político en el Ecuador*, Editorial Planeta realizó la décima edición de la obra (Quito, 1997). Este “debate” recoge las intervenciones en el acto de lanzamiento del libro, el 1 de abril de 1997.

desconocido. Revela un enorme trabajo de lectura de libros y otros materiales ya publicados, al mismo tiempo que un bien logrado tratamiento de algunas temáticas concretas. Aunque no es pionero en este campo, el libro representa también un paso adelante en la línea de consolidar un estilo de trabajo en las ciencias sociales, más ajustado a un marco analítico y basado en evidencias empíricas. En el Ecuador, hasta hace menos de medio siglo el nivel no pasaba comúnmente de la biografía, el escrito apologético o el ensayo.

Esto, entre otras cosas, planteaba hace algunos años y añadía que el libro tiene muchos elementos sugerentes y mantiene unidad en su línea expositiva, pero no logra, en cambio, ofrecer una explicación integradora y coherente del proceso de lucha por el poder en el Ecuador. Esto se debe fundamentalmente a una autoconfesada renuncia a una opción teórico metodológica concreta. El autor insiste en que la “naturaleza única” del desarrollo histórico ecuatoriano exige el uso de una mezcla de categorías y conceptos de diverso origen y distinto nivel de rigurosidad científica.

Siempre he sostenido que la opción interpretativa de Osvaldo Hurtado—asedada en una postura política reformista— es, en varios sentidos, la continuidad de una línea de entender el país. La síntesis de Hurtado contiene muchos elementos originales, pero su interpretación básica, en especial la del sistema hacendario, tiene claros antecesores en el pensamiento ecuatoriano. El más importante de ellos es Jacinto Jijón y Caamaño, lúcido historiador y al mismo tiempo líder del Partido Conservador. *El Poder Político en el Ecuador* representa, pues, la continuación de una tradición interpretativa concreta, al mismo tiempo que un brillante esfuerzo por actualizarla dentro de una moderna visión reformista.

En términos generales, ahora, luego de una agradable relectura del libro, sigo pensando básicamente lo mismo. En realidad la obra plantea rutas de análisis muy importantes, pero carece de una interpretación globalizadora. Discrepo con el autor en su idea de que la renuncia a una opción interpretativa expresa es uno de los fuertes de su obra. Primero porque eso precisamente le impide desarrollar una visión integradora. Segundo porque, en realidad, sí hay una opción metodológica e ideológica en el libro. El empirismo y el eclecticismo son posturas académicas que no vuelven a un trabajo “aséptico” o “desprejuiciado”, sino que lo caracterizan inequívocamente.

La obra es un trabajo profundamente comprometido, como no puede dejar de serlo el de un intelectual, sobre todo si es al mismo tiempo dirigente político. Es la más sólida base interpretativa de una postura política reformista que dominó el “centro” político del país por más de dos décadas.

Ahora, en un nuevo acercamiento a sus propuestas, creo, como el propio autor lo hace notar, que contiene varias líneas de interpretación de aspectos ideológicos y regionales que han sido revalorizados en los últimos veinte años desde varias posturas ideológicas. Y, desde luego, el trabajo sobre el

funcionamiento de la hacienda tradicional sigue siendo un referente básico. En general creo que quien vuelve a leer la obra al cabo de los años, encuentra en ella una secuencia temática que trae consigo coherentes explicaciones de ciertos fenómenos, llamadas de atención sobre lugares comunes que no deben repetirse, propuestas de trabajo ulterior y, desde luego, una visión de todo el pasado del Ecuador. Creo, por ejemplo, que observaciones como las que se hacen sobre el populismo tienen, hoy que reconocerlo, dolorosa actualidad.

Pero la nueva lectura de la obra me ha hecho presente uno de sus límites, francamente poco comentado antes, pero ahora definitivamente notorio. Me refiero al escaso desarrollo de una periodización que permita entender mejor la perspectiva histórica. El autor prefirió una segmentación temática más bien que diacrónica y eso conspira contra la posibilidad expositiva de la secuencia de los procesos. Justo es reconocer, empero, que esto se puede decir al cabo de más de dos décadas de que se ha trabajado en este campo y teniendo en cuenta que no es una limitación exclusiva de esta obra, sino común en el momento de desarrollo de la historiografía nacional en que fue escrita.

Como lo habrá hecho todo el mundo, lo primero que leí cuando cayó en mis manos esta vigésima edición fue la introducción que el autor escribió para ella. Allí, en sus primeras páginas encontré que Osvaldo había vuelto militantemente, ahora en tono más triunfalista que antes, a su polémica con trabajos de interpretación de la historia del Ecuador realizados desde la perspectiva que denomina sociología marxista. Como que el colapso de los sistemas de Europa Oriental y la crisis general y arrasadora del socialismo como propuesta hubieran provocado que esas interpretaciones carecieran ahora de vigencia.

Me parece que la crisis general no ha atacado solo a una tendencia vinculada con la militancia de izquierda, sino a todas las ciencias sociales en general. Muchos paradigmas se han venido abajo y la propia valorización social del trabajo de quienes nos dedicamos a este oficio ha venido a menos. No hay crisis solo en el pensamiento marxista, sino en todo el pensamiento social y eso en realidad no le da la razón a nadie, sino que nos debe dar pena a todos.

En estos veinte y más años en que me he desempeñado, mal que bien como lector, autor, maestro y editor, he llegado a la convicción firme de que, más allá de que estén sustentados en uno u otro marco teórico, hay libros buenos, libros malos y libros medianos. Hay obras que aportan y prevalecen, se hacen clásicos. La interpretación del Ecuador de Jacinto Jijón y Caamaño es uno de ellos. Las obras de Leopoldo Benites Vinuesa, Agustín Cueva y Fernando Velasco Abad también lo son. Todos sabemos que la polémica de Osvaldo se dio frente a autores como ellos, especialmente frente a los dos últimos, que vienen a ser como los abanderados de las posturas marxistas y dependentistas.

Hay que reconocer que mucha literatura de cafetín o de barricada del peor gusto estalinista ya no se lee y no se recuerda en el país. Pero eso francamente no es imputable al marxismo, sino a la calidad de sus autores. Pero Benites en su estilo, así como Cueva y Velasco en su ámbito, son autores que no solo han influido en el pensamiento histórico y social ecuatoriano en el pasado, sino que ahora tienen una evidente actualidad. Claro que el dependentismo a ultranza debe ser criticado y que en todos los casos, y eso incluye también a Osvaldo Hurtado, el lector actual echa de menos en las obras un trabajo de investigación de fuentes de primera mano. Pero no cabe duda de que *Ecuador, drama y paradoja*, *Entre la ira y la esperanza*, *El proceso de dominación política en el Ecuador* y *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, ofrecen ahora —con una calidad innegable— aportes sólidos que nos ayudan a conocer el Ecuador de ayer y hoy. Obras como esas, en buena parte por su opción teórica y metodológica, por su naturaleza militante, lograron hacer aportes que se reconocen ahora, más allá de sus limitaciones de circunstancia. En suma, son libros buenos.

Me alegra que a sus veinte años *El Poder Político en el Ecuador* siga siendo una obra provocadora y que su autor siga promoviendo debate. Al fin y al cabo, no me metiera de apologista de difuntos si no estuviera convencido de que Osvaldo Hurtado quería que este lanzamiento fuera en verdad un espacio crítico. Todos reconocen, estén o no de acuerdo con sus ideas, que su seriedad intelectual causa estragos hasta en las caballerizas de El Cortijo.

Creo que quien quiera conocer nuestra patria debería leer esos libros que el tiempo ha consagrado como clásicos. Con entusiasmo, y no solo por simpatía personal con su autor o la excelente presentación que Planeta ha dado a la obra, sigo recomendando a quienes quieren entender nuestro país, la lectura de *El Poder Político en el Ecuador*. Les acercará a un autor serio, de indiscutible honestidad como analista y calidad como expositor. Porque nos sigue enseñando algo nuevo sobre nuestra patria y porque, a Dios gracias, sigue despertando polémica, es un buen libro.

EL PODER POLÍTICO EN EL ECUADOR, 20 AÑOS DESPUÉS

Felipe Burbano de Lara

Voy a hacer una apreciación inicial absolutamente injusta sobre *El Poder Político en el Ecuador*, pero que me va servir para organizar mi comentario. Cito al doctor Hurtado:

El Poder Político en el Ecuador ha tenido una enorme influencia en mi actividad política de los últimos veinte años, De sus análisis he partido para definir estrategias y programas políticos y, con las correspondientes actualizaciones, a ellos recurrí para tomar decisiones en las campañas electorales de los años 1977-1979, en la Vicepresidencia y en la Presidencia de la República y de tantos otros acontecimientos públicos en que he participado desde que dejé el gobierno.

De esta afirmación me surge una pregunta: ¿Qué tan responsable es, por lo tanto, este libro de la crisis de gobernabilidad que vive el país? ¿Cuánta responsabilidad tienen las interpretaciones de nuestra realidad, contenidas en *El Poder Político*, frente a lo que vivimos hoy? ¿Es responsable de las debilidades y fragmentaciones, por ejemplo, de la llamada centro izquierda? ¿Es responsable de la debilidad del proceso de modernización política, del cual el doctor Hurtado ha sido su mejor paradigma, y acaso también de las fortalezas de la derecha y de la continua vigencia del populismo? Preguntarse esto, que suena –repito– absolutamente injusto, lleva a colocar al libro y a nosotros frente al libro en una dimensión distinta a la estrictamente académica; es ponerle al libro en contacto con la política a partir de una cierta relación con el conocimiento. Es, siguiendo a Foucault, preguntarse sobre las implicaciones políticas, de poder, presentes en el conocimiento de las ciencias sociales. Es preguntarse sobre los efectos de poder de la verdad. Y vuelvo a citar al doctor Hurtado:

El conocimiento de la historia del país y de la realidad nacional que me proporcionó su preparación y mi valoración del análisis político, me han ayudado a no perder el *sentido de la objetividad*, tan necesaria para gobernar y orientar la opinión pública. Ellos me han permitido apreciar los hechos *como efectivamente son* y no como los veían entusiastas colaboradores o como los apuntaban las encuestas de opinión pública, a las que tanto recurren los políticos (subrayado mío).

Me interesa destacar dos afirmaciones conectadas entre sí: el *sentido de la objetividad* y los hechos *como efectivamente son*. Ambas resumen aspiraciones profundas de una cierta manera de entender las ciencias sociales, dentro de la cual, por supuesto, se inscribe *El Poder Político en el Ecuador*. Y me intriga,

sobre todo, la práctica política que puede desprenderse de una ciencia social que se fija esos propósitos. Mis comentarios van a ir mucho por este lado.

Ponerle al libro en su relación con la política significa tomar al libro, cualquier libro –pero mucho más éste que comentamos puesto que se trata de un libro que hace del “poder” su “objeto” de estudio (de paso, un objeto al que nunca se define bien) y si quien lo escribió llegó a ocupar la presidencia de la República– no como el reflejo pasivo, objetivo, transparente, frío, de una realidad cosificada, muerta y muda, sino como un acontecimiento provocador, como una irrupción en el campo político. Frente a este libro, por esa doble condición, no podemos ser neutrales. Es un libro con el cual polemizamos, debatimos, nos peleamos, confrontamos. Esa es la magia y la irracionalidad del poder, y esa es la magia y la fuerza de la política, más allá de la cordura y racionalidad que nos imponen las propias pretensiones de las ciencias sociales con sus aspiraciones de verdad.

¿Cómo pretender un juicio objetivo de un libro que en sí mismo es absolutamente polémico? ¿Cómo evaluar sus veinte años con distancia si ha marcado no solo el destino de las ciencias sociales en el Ecuador, sino también la suerte de la política ecuatoriana? Me pregunto si acaso esta imposibilidad de tomar distancia frente a *El Poder Político en el Ecuador* explica su éxito editorial, sus diez ediciones. Y me atrevería incluso a ir más allá y decir que este libro se lee no tanto para conocer la realidad ecuatoriana, sino para polemizar permanentemente con el doctor Hurtado, con sus visiones del país, con sus interpretaciones. Lo leemos para confrontar al político Hurtado. Esa opción nos da este libro. Me imagino, por eso mismo, que una era la lectura de este libro entre 1977 y 1984, y otra a partir de ese año.

Lo anterior significa que un libro termina siendo mucho más que un esfuerzo por apropiarse de modo objetivo y sistemático de la realidad, para volverse un “campo de conflicto”. Siempre me ha impresionado una imagen del conocimiento que nos viene de Nietzsche a través de Foucault: el conocimiento no es el resultado de un espíritu ascético que se aproxima a la realidad para captarla tal como es. El conocimiento es como “una centella que brota del choque de dos espadas”; es decir, siempre hay unas tensiones, unos juegos, unas luchas detrás del conocimiento.

Veamos, pues, en qué campo del saber, en qué campo de disputas entró *El Poder Político en el Ecuador*.

Un eje de ese campo es el predominio del marxismo dentro de las ciencias sociales ecuatorianas, tanto como instrumental teórico como propuesta política. Como dice Hurtado: el mundo se dividía entre los revolucionarios y los otros. No ser marxista era una “herejía”. Una de las virtudes de este libro es, por lo tanto, su herejía, ser un punto de ruptura. Frente a esa influencia gigantesca del marxismo, el libro opone una perspectiva de análisis que reivindica lo empírico, lo documental. “No he caído en la tentación –dice Hurtado en la introducción

de la primera edición— de poner la carreta antes que los bueyes. Cuando *a priori* se asume una teoría social, inevitablemente se ideologiza la realidad que se estudia y se termina inventándola”. Podríamos decir, entonces, que este libro no inventa la realidad; pretende descubrirla y narrarla.

No quiero entrar por el momento a discutir si es factible una realidad no ideologizada, si tal posibilidad existe, si la interpretación de los acontecimientos no es, en muchos de sus fragmentos, una invención. Asumámosla, desde la perspectiva del doctor Hurtado, como posible. Este libro tiene esa virtud: incorporar de una manera metódica, rigurosa, sistemática, el mundo empírico, los hechos, los acontecimientos, a lo largo del período histórico que analiza. Es un esfuerzo notable por lanzar una mirada fresca, objetiva, sobre la realidad política ecuatoriana. Hay un esfuerzo importante de sustentación, algo que no todos los estudios marxistas se empeñaron en lograrlo. Frente a una excesiva ideologización de los análisis históricos, el libro del doctor Hurtado llama la atención sobre hechos, sobre acontecimientos. Prefiere la crónica, la narración, a los excesos ideológicos.

Esta toma de posición frente al marxismo le lleva a ver cosas que los marxistas siempre descartaron como superfluas. En este punto es importante toda la crítica a la noción de lucha de clases, y sobre todo a una visión vulgarizada, manualizada, dogmatizada del materialismo histórico y del materialismo dialéctico como instrumento válido para entender la dinámica histórica del Ecuador. El análisis, por ejemplo, de la Revolución Liberal apunta precisamente a mostrar la naturaleza del conflicto envuelto en ese proceso: no tanto económico, cuanto religioso, jurídico, regional, filosófico, personalista y caudillista. Poner el énfasis en estas otras dimensiones de la realidad lleva a una perspectiva totalmente distinta. Enfatizo, a una perspectiva distinta, a mirar otros campos como resultado no tanto de la agudeza del analista cuanto del choque de espadas al que aludí antes. El libro de Hurtado desmonta las jerarquías analíticas del discurso marxista. Las invierte, les da la vuelta, y eso lo vuelve polémico. En esta misma línea se inscribe, me parece, su crítica a la noción de dependencia, a los límites que según él muestra todo análisis que prioriza las causas externas y olvida las internas para explicar los procesos históricos.

El otro gran frente en el que se bate *El Poder Político* es el de la historiografía tradicional. Me parece que el libro del doctor Hurtado inaugura un nuevo modo de entender y pensar la realidad, un modo propiamente moderno. Moderno, es decir, que pone en duda la eficacia de los análisis puramente históricos, filosóficos y jurídicos de la realidad. ¿Cuál es el aporte de las ciencias sociales en este proceso analítico? Yo diría que las nociones de “economía” y “sociedad”. Los sociólogos somos, casi inevitablemente, weberianos, y el doctor Hurtado lo es, y profundamente. Como campos analíticos desde los cuales es posible comprender otras dimensiones de la realidad, la “sociedad” y la “economía”, sus interacciones, sus dinámicas, también llaman la atención sobre aspectos que la

historiografía descuidó. “Las historias generales, de las que principalmente me he valido, frecuentemente se reducen a la narración cronológica de hechos o se ocupan principalmente de asuntos jurídico-constitucionales, religioso-eclésiásticos, territoriales, etc. Solo tangencialmente tocan problemas económicos y sociales”. No sin razón el antecedente de *El Poder Político en el Ecuador es Dos Mundos Superpuestos*, un mero diagnóstico cuantitativo de las estructuras social y económica del Ecuador. Y no es tampoco casualidad que unos años antes a la publicación de *El Poder Político en el Ecuador*, haya aparecido ese otro libro clásico de las ciencias sociales ecuatorianas, *El Proceso de Dominación Política en el Ecuador*, de Agustín Cueva, que desde una matriz marxista también replanteó la visión de la historia y el poder a partir de la estructura económica. Es revelador cómo esta irrupción de las ciencias sociales en el Ecuador se presenta como un esfuerzo de reinterpretación histórica de la política ecuatoriana a partir de luchas por el poder. Hurtado inaugura una visión moderna de encarar el tema.

Pero el libro de Hurtado es moderno en un sentido del cual ciertas versiones marxistas se apartan. Lo es en la forma cómo aborda la realidad: desde la positividad de los hechos. Es un tipo de reflexión que antepone al discurso filosófico la materialidad, la positividad de los hechos. En este sentido, es un libro profundamente comteano, profundamente moderno. Un libro que cree en las virtudes de la razón, en la capacidad de la razón; que cree en la ciencia positiva, en la objetividad; que duda de los alardes retóricos, de la filosofía y de la metafísica, que quiere argumentos y demostraciones empíricas. Que cree en el Progreso, en la Modernidad. Algún rato habrá que evaluar estas adhesiones valorativas de *El Poder Político* y someterlas a las críticas posmodernas. Resultaría fascinante, por ejemplo, discutir sobre la “locura” buccaramista como la otra versión de la razón moderna de Hurtado. Igualmente apasionante resultaría juzgar a este libro y *El Proceso de Dominación Política* frente a su propias teologías históricas. Ver, más allá de sus discrepancias, los campos compartidos, las ilusiones entrecruzadas.

Dos reflexiones finales. Cuando el doctor Hurtado se pregunta sobre la vigencia del libro, responde que las dos primeras partes (las que analizan los períodos que van desde 1533 hasta 1820 y desde 1820 hasta 1949) conservan plena actualidad y vigencia porque se trata de interpretaciones sobre procesos históricos concluidos, finalizados. No ocurre lo mismo con la tercera parte, que analiza el período que va desde 1950 hasta 1975. Esta parte, dice Hurtado, “no podía contener un análisis completo y final, en vista de que los procesos económicos, sociales y políticos se encontraban en curso, las estructuras no se habían consolidado y las fuerzas actuantes estaban en evolución”.

A la idea de períodos de la historia ya consumados, agotados, habría que oponer la idea de una historia siempre abierta a la reinterpretación; la historia como un texto abierto. Me resisto a pensar en hechos muertos, mudos, que no

hablan más, silenciados por el poder de unas pocas intérpretes. Pensaría, como Lasek Kolakovsky, que cada generación reinterpreta la historia a su modo. Son las nuevas generaciones las que permiten, desde nuevas miradas, que los hechos vuelvan a hablar. No comparto, por lo tanto, la idea de que allí hay un análisis cuya vigencia no se pierde “porque el autor no usó instrumentos de análisis que las mutaciones ideológicas y las realidades contemporáneas hayan invalidado”. Me pregunto si algún instrumental teórico es capaz de no sufrir los efectos del tiempo y la historia, si el conocimiento sociológico ha logrado neutralizar los hechos, explicarlos totalmente, evitar que nos sigan inquietando. ¿Los acontecimientos vivos, esos acontecimientos actuales y que nos abren perspectivas e incertidumbres sobre el futuro, no nos remiten nuevamente al pasado? El problema indígena, cuyo desenlace Hurtado reconoce no haber visualizado, ¿no nos obliga a volver atrás, a volver a las mismas páginas de *El Poder Político* para ver en dónde se perdió, en donde se confundió? Los hechos actuales, en toda su incertidumbre, en su pluralidad de sentidos, no hacen sino lanzarnos interrogantes sobre el pasado. Lo contrario sería una posición fundamentalista, esencialista, frente a los productos de las mismas ciencias sociales.

En la medida en que se inserta dentro de un campo de saber, un libro es un dispositivo en el sentido que Giles Deleuze ha dado al concepto foucaulteano: ofrece puntos y líneas de visibilidad y de enunciación, son instrumentos para hacer ver y hacer hablar. Cada dispositivo tiene su régimen de luz: ilumina ciertas cosas y oculta otras. El caso indígena, mencionado por el propio doctor Hurtado, es muy revelador, y obligaría a volver atrás para desmontar dentro del propio texto esos mecanismos que lo relegaron.

Quisiera, por último, ir un poco más allá y decir que si este libro conserva en muchos aspectos tanta vigencia es también porque arriesga poco, porque no pone a prueba realmente sus intuiciones, o porque las recubre de un modo excesivo de materiales, documentos, hallazgos, datos; porque le atemoriza dar pasos en falso. Allí radica, también, su gran limitación, que es a la vez una provocación y una invitación permanente a ir más allá, a arriesgar, a ensayar, a teorizar, a especular, a jugar un poco más con la realidad, a imaginar más, a ser más infieles con ella. Allí es donde entra la política, pero ya no como la continuación de un saber objetivo, sino como la inevitable transgresión de ese saber objetivo. Es allí donde las pretensiones de objetividad de las ciencias sociales se desploman. (Aquí una digresión: hay distintas formas de enunciar la objetividad, por su puesto. Y el doctor Hurtado tiene una que parece muy convincente: “Un estudio es objetivo si revela la realidad analizada como ‘intersubjetivamente válida’, esto es, cuando es apreciada como cierta por ‘todos’”. En esta versión de objetividad, lo inquietante es el “todos”).

Me parece, finalmente, que si estas visiones globales de la historia que ofrecieron tanto Hurtado como Cueva ya no se escriben, es porque hemos

descubierto que el poder opera de otro modo, ya no tanto en ese devenir monótono, repetitivo, cansino, de la historia, sino en las microfísicas, en los espacios locales; porque el poder no se reproduce desde el Estado o el Gobierno, sino en sus tácticas más pequeñas, menos visibles, más corporales, más subjetivas, más inmediatas y personales; en las minucias, y no en los grandes acontecimientos. Porque ya no interesa tanto contar la historia tal cual ocurrió, sino descomponerla, desmontarla, de-construirla para encontrar nuevos sentidos para el presente. En la dispersión de los saberes locales, de estas microfísicas, nos guste o no, las reconstrucciones globales de la historia son convocatorias permanentes para volver sobre ellas. Son puertos seguros a los que se vuelve cuando las perspectivas se pierden. Pero se vuelve solo temporalmente a ellos para partir de nuevo, otra vez polemizando. Cada nueva edición de *El Poder Político* debe multiplicar igualmente los puntos de escape y fuga.

DÉCIMA EDICIÓN DE *EL PODER POLÍTICO EN EL ECUADOR*

Simón Espinosa

La décima edición de un libro lleva a la pregunta sobre por qué el libro alcanzó ese número de ediciones. La décima edición de un libro de análisis político, sociológico y económico de una realidad nacional lleva con más fuerza a la repregunta sobre por qué un libro especializado alcanzó ese número de ediciones. La décima edición de un libro especializado en un país de solo once millones de habitantes, de los cuales a lo sumo el tres por ciento lee libros especializados, lleva con mayor fuerza a la tripregunta sobre por qué un libro de esa índole en un país de lectores de esa índole alcanzó ese número de ediciones.

La respuesta más fácil sería porque ese libro fue escrito por un presidente de la República. Respuesta incorrecta e inválida.

La primera edición del libro fue publicada en 1977 cuando Osvaldo Hurtado era profesor de la Católica, cuando todavía no soñaba despierto con llegar a ser presidente, cuando el método de análisis usado no era el marxista que en esa década todavía era el método obligado de toda investigación social, política y económica seria. Solo la cuarta y quinta edición se publicaron siendo Hurtado vicepresidente y presidente de la República. Además, varios presidentes han escrito libros que no han conocido reediciones si se exceptúan Rocafuerte, García Moreno, Antonio Flores, Luis Cordero, Eloy Alfaro, Velasco Ibarra y Rodrigo Borja. Pero diez ediciones de un solo libro no ha tenido ninguno de ellos.

La respuesta más insidiosa sería porque Osvaldo Hurtado tiene una fundación que le promueve y un partido internacional que le facilita la difusión.

Pero argüir de esta manera sin caer en la insidia supone mostrar las pruebas, las gestiones, las cifras, los contactos para esa promoción y difusión. Además, en este país donde las fundaciones abundan como los volcanes altos y en su mayoría inactivos, han abundado los libros publicados por fundaciones y ninguno de ellos ha conocido la difusión lograda por el libro del fundador de Cordes y miembro activo de la Democracia Cristiana conocida como Popular para el consumo doméstico y la ilusión de sus miembros.

Cabría dar una respuesta pedante.

Cuando Michel Foucault reeditó en 1972 la *Historia de la locura*, suprimió el prólogo escrito en 1960 y tras haber dudado mucho tiempo si escribiría uno nuevo, lo sustituyó por un "no prólogo". En él se lee:

Un libro se publica, y constituye un acontecimiento ínfimo, un objeto pequeño y manejable. Desde ese momento, se ve atrapado en un juego incesante de repeticiones; sus dobles, en su entorno inmediato y lejos de él, empiezan a proliferar; cada lectura le otorga, por un instante, un cuerpo impalpable y único; circulan fragmentos del

mismo a los que se valora en lugar el texto completo, en los que, se considera, está contenido casi por entero y en los cuales a veces encuentra cobijo; los comentarios lo desdoblán en otros discursos en los que, por fin, ha de parecerse a sí mismo, confesar lo que se ha negado a decir, despojarse de lo que con bombo y platillos simulaba ser. (Didier Eribon, *Michel Foucault*, Anagrama, 1992, pp. 172-173).

Esta respuesta, sin embargo, presupone la pregunta: ¿por qué ha sido tantas veces reeditado, por qué los lectores se han apropiado de él, lo han citado, comentado, recortado, criticado, mutilado? La respuesta más válida procede del mercado.

Porque el libro llena una necesidad del consumidor. Y el consumidor de esta categoría de consumo y de esta clase de bienes de consumo busca, en el mejor de los casos, una explicación coherente y asequible, sin mayor esfuerzo, de la realidad social, política y económica del Ecuador; porque el maestro o profesor tiene un libro que puede recomendar a sus estudiantes por su claridad y cobertura global del tema; porque el investigador se encuentra con un mapa interpretativo de un conjunto que le puede servir para situar sus indagaciones; porque el profesional de las ciencias sociales y políticas y el practicante de la política hallan un hilo conductor para no perderse en el laberinto de la realidad ecuatoriana. En suma, porque, como ocurrió con el escarabajo de la Volkswagen, se trataba de un automóvil confiable, fácil de manejar, resistente a los golpes, de no difícil estacionamiento, relativamente barato, y suficientemente decente para llegar en él a la universidad, a la oficina, a una reunión social, a la presidencia de la República.

Si esta respuesta es válida, habrá que subrayar en ella su componente esencial: *porque el consumidor busca, en el mejor de los casos, una explicación coherente y asequible, sin mayor esfuerzo, de la realidad social, política y económica del Ecuador*. Coherencia, pues, y asequibilidad, también.

COHERENCIA

La coherencia de este estudio aparece desde varios puntos de vista. Primero, el de la fidelidad a la meta propuesta. Segundo, el de la honradez intelectual. Tercero, el de la lectura de las anarquías.

En cuanto a lo primero, la fidelidad a la meta propuesta. La meta fue el estudio del poder político. De dónde nace el poder, cómo se estructura, qué le hace cambiar, cómo se ejerce, en qué ámbitos se refleja. Hay, por lo tanto, una unidad de mira.

Ese poder se articula en este libro en la encomienda durante el período colonial; en la hacienda, durante el período republicano hasta 1950: en las plantaciones bananeras y en el Estado empresario petrolero hasta 1976, fecha hasta la que se extiende el estudio, salvo por un breve apéndice reducido al análisis político y que cubre el trienio de la tercera dictadura entre 1976 y 1979. Y salvo

también por unas notas sobre los hechos fundamentales de estos últimos veinticinco años. Estas notas se hallan en el prólogo "A propósito de la décima edición". Y esos hechos son la ingobernabilidad del sistema democrático, la crisis económica, el conflicto territorial ecuatoriano-peruano y la crisis de la universidad.

Las 41 páginas dedicadas a la formación del poder en la Audiencia de Quito entre 1533 y 1820 describen la organización social y económica de la colonia articulando la subordinación de los indígenas, la apropiación de la tierra y la ocupación de la mano de obra. Puestas estas bases para el poder, describe la organización política que correspondió a esa realidad: las leyes, las autoridades y el control y la vigilancia. Y funde estas dos partes explicando la dependencia basada en la abundancia de indígenas para la producción, y en el comercio. Por estos dos medios se apropian los conquistadores y colonizadores de las riquezas de las provincias quiteñas. La articulación del poder se constituye por ciertas características de las sociedades precoloniales que las vuelven pronas a la subordinación; por la ilegalidad propia de la cultura española, y por la dependencia cultural de los indígenas. Así se constituye la dominación política en que tierras y poder político se condicionan. La dominación queda consolidada por el adoctrinamiento de la Iglesia Católica, aliada con el supremo poder político español y, a la vez, dependiente de él. Los conflictos políticos que se suscitaron en ese período provendrán de esta articulación: en efecto, se tradujeron en los levantamientos de los indígenas y en las rebeliones de los criollos para defender sus intereses conculcados por el poder político de encomenderos primero y hacendados después, que, de una u otra forma, detentaron el poder político.

Por esta enumeración de los títulos de lo tratado en esta parte del libro, se ve la unidad de mira que permite usar coherentemente el método empleado: de la realidad a la articulación de los elementos que de ella se desprenden y de esa articulación al poder político y a sus intereses.

Sería ocioso hacer un resumen de cómo se aplica este método en el estudio del poder en la República hasta 1950 y cómo evoluciona el poder en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta. Hay nuevos elementos, pero el modo de analizarlos y estructurarlos es el mismo.

Si la coherencia del libro aparece en primer lugar cuando se la ve desde la fidelidad a la meta propuesta, esa coherencia aparece en segundo lugar cuando se la ve desde la honradez intelectual. Sin duda el éxito del libro medido por las sucesivas ediciones obedece a un presupuesto de honradez intelectual. Esta honradez consiste en primero analizar los datos y después ver qué fulguraciones destellan. De la inducción a la generalización, a la construcción de una hipótesis, a la formulación de una teoría.

Luego de la posguerra europea, tanto por el prestigio de la gran victoria soviética como por el papel predominante del partido comunista en la resistencia francesa, así como por el número de egresados, de profesores agregados y de

doctores de las Escuelas Normales Superiores de Francia que eran la crema y nata de un estricto sistema de batido intelectual, el marxismo se había impuesto como el método para el análisis de las ciencias históricas, sociales y políticas, de las lucubraciones filosóficas, y hasta de las indagaciones científicas y de las tendencias del arte. Este prestigio llegó a su cumbre en la década de 1960, en los movimientos estudiantiles y obreros de 1968, en la alta producción académica. El libro de Hurtado empezó a tomar cuerpo al fin de esa década y a los comienzos de la década de 1970. La tentación de poner —cómo él dice— la carreta delante de los bueyes e interpretar la realidad ecuatoriana con las categorías del marxismo europeo podía haber sido grande. Al fin y al cabo, así había procedido el intelectualmente prestigiado Partido Comunista ecuatoriano. Y así procedían muchos estudiosos que forzaban los datos de la realidad para que calzaran en las categorías del determinismo económico y de la lucha de clases.

Hurtado prefirió ver qué daba la realidad, naturalmente basada en estudios y datos previos signados por la propia subjetividad de los autores y las modas intelectuales de cada época. Cribado lo que quedaba de esa realidad, podía ver si eso calzaba o no con los métodos en boga. Así nació este libro, algo heterodoxo para la academia de esas décadas, pero que ha resistido el juicio de la historia y la realidad misma de la historia. Coherencia nacida de la fidelidad al punto de mira, coherencia nacida de la honradez intelectual: pero, en tercer lugar, coherencia gracias a la lectura que Hurtado hace de lo que yo llamaría las anarquías de la sociedad y de la naturaleza. Estas anarquías son el individualismo, los liderazgos políticos, los carismas individuales, los canibalismos, los desastres naturales. Todos estos actores tienen un peso, influyen en la lógica de la historia ecuatoriana, dan cuenta de sus adelantos y retrocesos. Y aunque sean factores individuales o individualizados más propios de la historia que de las ciencias sociales, pueden categorizarse como los elementos anarquizantes de una nacionalidad en formación y de un poder político asegurado, heredado casi, y cuyos flujos y reflujos se explican en ciertos períodos más por estas categorías que por la lucha de clases o los determinismos económicos y la dependencia externa.

Que el poder político se haya vuelto ingobernador y el aparato del Estado ingobernable mucho tiene que ver con esos elementos anarquizantes señalados por Hurtado. En un país de individualismos y canibalismos hace falta llegar a la maduración de la democracia y de las personas. Maduración que en buena parte es el triunfo de la razón práctica sobre la irracionalidad dogmática; el triunfo de la sobriedad intelectual nacida del conocimiento de los límites de las posibilidades de la realidad ecuatoriana; el triunfo de la actitud filosófica y ética de cultivar la paciencia histórica. Mucho tiene que ver esto con la calidad de la educación ecuatoriana venida a menos inexorablemente desde hace unos treinta años.

Precisamente en el prólogo a la décima edición y en el cuerpo del libro, Hurtado dedica algunas consideraciones a este tema. La educación está ligada con la racionalidad y la racionalidad con la planificación y la planificación con los

medianos y largos plazos y éstos con la institucionalidad de los entes políticos y el respeto del pueblo a las instituciones. Bien podría servir el presente libro como una pauta o criterio de comparación para señalar las metas de la educación nacional; privilegiar la educación primaria y privilegiar la educación ultrasuperior que forme a los líderes sociales. Expuesta esta triple coherencia de fidelidad a la meta propuesta, de honradez intelectual, de lectura de las anarquías, cabe subrayar como corolario de esta triple coherencia que el libro de Hurtado se ha convertido en un clásico. Bien sabemos que las construcciones teóricas que explican la realidad son provisorias y subjetivas. Conocer es el problema. El gran problema de cómo sacar la mosca de la botella, de cómo liberar el conocimiento de sus naturales ataduras, categorías, circunstancias, afectividades, emociones, posicionamientos vitales e históricos. Por estos motivos es difícil acertar y permanecer en el acierto. Una prueba del acierto de una interpretación es su validez a lo largo del tiempo. Por eso se llama clásica a la obra que perdura. Diez ediciones dan prueba de la solidez y sobre todo de la objetividad siempre relativa del análisis. Y ese es el mérito de este libro. Uno de sus méritos.

Decía al comienzo de esta intervención que la razón del mercado era suficiente para explicar el éxito editorial del libro *porque el consumidor busca en el mejor de los casos una explicación coherente y asequible sin mayor esfuerzo de la realidad social, política y económica del Ecuador*. Explicada la coherencia, resta dedicar unas líneas a la asequibilidad.

ASEQUIBILIDAD

Si comparamos este libro con otro de tema en algo parecido *Ecuador Drama y paradoja* de Leopoldo Benites Vinuesa, editado en 1950, se notará lo útil de la asequibilidad del libro de Hurtado. Benites es el último de los ensayistas literarios. Su bello libro es retórico y apasionado, lírico y metafórico desde el título. Su carácter poético, y, por tanto, eminentemente subjetivo da para una lectura estética que, a la larga, viene a resultar cansadora al lector corriente. Por algo las ediciones de ese libro han sido muy limitadas. En el otro extremo se puede tomar algunos de los muchos libros sobre realidad ecuatoriana o demasiado técnicos, o demasiado para los colegas que se comunican en el enrarecido lenguaje de la metalengua o mal escritos. El libro de Hurtado es un feliz término medio. Y en este aspecto constituye un acierto comunicativo. Su sintaxis es correcta, clara, no académica. Prefiere entre dos versiones correctas la que más se acerca al habla ordinaria. Si para escribir con claridad se necesita pensar con claridad, todos sabemos que Hurtado inauguró en su presidencia, ya en sus discursos y mensajes escritos, ya en sus diálogos con la prensa, un modo de comunicación claro, no adornado, eminentemente racional y lógico, sencillo. Hablaba para una sociedad racional, quería que se le entendiera, procuraba convencer con la fuerza de la realidad y no con promesas, lirismos ni emociones.

Hay una disciplina interior en este esfuerzo. Un ascetismo que oculta el ego. Un ponerse en la situación del otro. Una facultad natural para decir lo que se debe decir llanamente, sin complicaciones. Este fulgor de la claridad envuelve al libro en una agradable atmósfera y facilita su lectura incluso en el análisis de la Colonia en la que se habla de realidades remotas y de hechos casi olvidados.

Halló el recto tono para un libro de ciencias sociales y políticas. La anécdota, el dato explicativo, la referencia al hecho van en pie de páginas. Con eso el lector descansa de la fulguración de la claridad y vuelve de tiempo en tiempo al hecho puntual. Hallo esta combinación muy feliz, pues disipa la monotonía y al mismo tiempo le recuerda al lector que no se está teorizando por teorizar sino dando el hilo conductor donde pueden engarzarse esas muestras y otras muchas más que el lector puede buscar o meter siempre que sean tomadas de la cotidianidad política.

Todo esto da cuenta de la asequibilidad. Y la asequibilidad es una de las explicaciones de que se haya llegado a la décima edición.

¿Por qué en un país barroco, donde hasta el relato de las novelas y cuentos tienen que ser retorcido, pedante a veces, trascendentalizante? ¿por qué se produjo un libro tan clásico en sus líneas y en sus adornos formales? Yo no sé la respuesta. Tal vez Hurtado se adelantó al tiempo histórico. En todo caso este talante debía ser clonado para los ensayos, la política y el debate público.

Concluyo ya. He querido en esta intervención subrayar como una de las razones del éxito editorial de este libro su coherencia, su relativa objetividad, su asequibilidad. Quisiera concluir evocando un cuento tradicional. Cuando fray Vicente Valverde avanzó hasta Atahualpa para mostrarle la Biblia, el inca quiteño la tiró al suelo. No sabía leer. No tenía idea de la escritura occidental. El acto de fray Vicente fue un claro acto de engaño y de dominación, hecho quizás de buena fe, de la buena fe nacida de la cristiandad de cruzada propia del catolicismo español de la época. Pero el gesto es revelador. Recuérdesse que los españoles justificaban la conquista con la lectura del famoso *Requerimiento* de 1514. *Requerimiento* redactado en latín y leído a los indios antes de las batallas. Así cumplían con la ley. Se les había comunicado a los indios que venían en son de paz, provistos de derechos divinos. Pero a la vez se les comunicaba esto en latín. Cumplían con la ley y quebrantaban la moral. Pues bien, algunos siguen este procedimiento. Escritos por especialistas para el público culto cumplen con la ley, son escritos en español, la lengua de los hablantes. Pero nadie los entiende sino los propios colegas y los iniciados, solo los cristianos de esa cofradía intelectual. Esos libros cometen un acto de dominación. De prepotencia. El libro de Hurtado no cayó en esta arrogancia, pese a que muchos dicen que Osvaldo Hurtado es arrogante, sobrado. Este hombre supuestamente sobrado ofreció un servicio. Y su servicio ha sido aceptado por útil y valorado. Lo prueba la décima edición de *El Poder Político en el Ecuador*.